

# El duelo en el duelo.

## La persecución y la venganza

---

M A R I O B E R N A R D O F I G U E R O A

*En español, una misma palabra expresa  
el combate y la aflicción: duelo.*

La venganza es una de las formas de la persecución en el duelo en la que lo terrible e innombrable de la pérdida que ha causado ese duelo, persiste como memoria mortificante. Detener esta mortificación implica a la vez un ejercicio de memoria y olvido atado a la resolución del duelo, la cual, por añadidura, no se puede dar sin otra pérdida.

A lo largo de mi trabajo sobre las novelas más familiares de los colombianos he encontrado cómo los dramas de los personajes que las habitan tienen como causa un objeto perdido, o para plantearlo en términos de Sylvia De Castro, un despojo<sup>1</sup>. Esta palabra tiene la virtud de señalar al mismo tiempo la privación, el acto de expropiación, y la característica misma de estos objetos: tras el esplendor de su brillo se revelan como un mero despojo, un desecho.

Los periplos de estas novelas recorren caminos que han sido los de buena parte de la historia de Colombia, caminos trazados por los objetos en pos de los cuales se afanan sus personajes, objetos que se desplazan, dentro de una misma obra, de novela en novela o de autor en autor. Han pasado por el caucho, las tierras, el banano, hasta llegar a ese objeto contemporáneo, la coca. Pero más allá de este continuo desplazamiento que marca los hitos de una particular economía en la historia de Colombia (particularidad que radica en parte en lo descomunal de la plusvalía en juego y por lo tanto, en la explotación descarnada de los hombres tomados por ella, debidas a la ilegalidad de su producción y comercio), el punto último de estos desplazamientos en cuya serie quedan incluidas las mujeres, ese punto final son los mismos despojos humanos. El cadáver aparece así como el postrer y fundamental tesoro, como el objeto pulsional final.

He señalado ya<sup>2</sup> las nítidas equivalencias repetidas entre estos tesoros y los objetos de la pulsión: caucho=sangre en *La vorágine* de José Eustasio Rivera; el oro y su

<sup>1</sup> Sylvia De Castro, "Testimonio de un despojo", en *Desde el Jardín de Freud*, Revista de Psicoanálisis, núm. 3, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2003.

<sup>2</sup> Mario Figueroa, "La vorágine de nuestro malestar", en *Revista Colombiana de Psicología*, dedicada al tema *Sujeto, ética y derechos humanos*, núm.7, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1998.

extracción=cadáver y objeto anal obtenido mediante la sodomización de una hembra en *Amirbar* de Álvaro Mutis; tierras=cadáver en *El Cristo de espaldas* de Eduardo Cabañero Calderón; banano=cadáver en *La hojarasca* y en *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez<sup>3</sup>; coca=cadáver en *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo. Los grandes tesoros de nuestra economía nacional están absolutamente ligados a la economía pulsional, prestan su brillo como señuelos del objeto pulsional, y la dimensión real de éstos está anudada a los de aquella. Así podemos entender de dónde sale la fuerza de los conflictos y la manera tan radical como los sujetos se comprometen en sus luchas; no es sólo la promesa de riqueza fácil, los móviles yacen en el amarre de los tesoros a la pulsión y al deseo.

He querido comenzar subrayando este punto para no llamarnos a equívocos sobre la dimensión real del conflicto colombiano a lo largo de su historia, más allá de las particularidades que este haya tomado en uno u otro momento. Dejar pasar desapercibido este hecho, el carácter real de ese despojo (de nuevo en el doble sentido de verbo y sustantivo), nos sumergiría en un análisis psicologizante donde todo se movería únicamente en el campo de lo imaginario y soslayaríamos la causa.

Si al final, en el punto último del desplazamiento de los objetos llegamos al cadáver, entonces el problema del duelo es central<sup>4</sup>. Veamos rápidamente algunos ejemplos: El imposible amor y el duelo pendiente en *María* de Jorge Isaacs; la persecución de Alicia y de las riquezas del caucho en *La vorágine*, así como la sed de venganza de Arturo Cova están anudadas estrechamente en lo que este héroe hace su causa; así la nombra él mismo: recuperar los despojos mortales del hijo de Clemente Silva, ésa es su causa<sup>5</sup>. La segunda mitad de la novela y, sobre todo, la escritura del diario que constituye esta obra, están dedicados a esta empresa, a recuperar los huesos de este muchacho. En *El Cristo de espaldas* las luchas partidistas que propician la venganza para lograr la expropiación de tierras, son animadas y se desarrollan en torno a un cadáver; el de un padre en este caso. Todo un pueblo convoca el odio acumulado por años y la venganza subsecuente, alrededor de un muerto al que impiden dar sepultura para gozar almorzando con la fetidez de su putrefacción en *La hojarasca*<sup>6</sup>. Aquello que los habitantes de Macondo habían olvidado radicalmente con la peste del insomnio y uno de los elementos esenciales que lograron descifrar en los pergaminos, fue el número exacto de los asesinados en la masacre de las bananeras, en *Cien años de soledad*. En *La Virgen de los sicarios* Fernando Vallejo termina la obra con sus reflexiones sobre los cadáveres, suscitadas por su visita a la morgue donde encuentra el cuerpo de su joven amante. Hasta en una novela más reciente, *Rosario Tijeras*, de Jorge Franco, la narración surge en torno a la agonía y muerte de la heroína, ligada estrechamente al narcotráfico. En estas dos últimas novelas los despojos mortales están atados a ese nuevo tesoro que hace ahora sus estragos en el tejido social y en la economía colombiana: la coca.



<sup>3</sup> En el trabajo citado de Sylvia De Castro, la autora señala la relación entre el mar y los cadáveres, tanto de los niños sacrificados, como el de Colón, y el mar como el objeto del despojo en *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez.

<sup>4</sup> El lugar especial del duelo sin resolver en la literatura colombiana ha sido señalado en varias oportunidades. Véase José Diego Salazar, "Los tres tiempos de la letra", en *Desde el Jardín de Freud*, Revista de Psicoanálisis, núm. 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.

<sup>5</sup> José Eustasio Rivera, *La vorágine*, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1984, pág. 189.

<sup>6</sup> Mario Figueroa, "Escrito sobre la hojarasca. El objeto y el duelo", en *Desde el Jardín de Freud*, Revista de Psicoanálisis, núm. 3, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2003.

Resalta el lugar central del duelo, el hecho de que en él se trata de la pérdida en lo real de un objeto fundamental, y que éste ha estado imbricado con los objetos de la explotación en nuestra economía nacional.

Todos sabemos que en cualquier proceso de paz o como quiera que se decida llamarlo, más allá de las preguntas por las tierras usurpadas, los ideales resignados, los bienes expropiados, el petróleo derramado, los cultivos fumigados... más allá de estas preguntas estará vociferando, aún en el silencio, una mucho más radical, la fundamental: ¿Qué va a pasar con nuestros muertos? Unas y otra no son excluyentes, tienen relaciones complejas, están encadenadas pero no se substituyen; las respuestas a unas y a otra no se pueden omitir, las respuestas a las primeras no lo son para la última, que linda con lo imposible, lo cual no nos ahorra la necesidad de plantearla y el recorrido que inexorablemente cada uno de los que están de duelo tendrá que hacer. Lo tendrá que hacer cada quien, es cierto, pero, y es muy importante destacarlo, no en soledad, no sin el indispensable concurso de los lazos sociales, sin la contribución de la sociedad, aun cuando este término pueda sonarnos muy etéreo a la hora de definir su participación en un proceso de paz.

Si decidimos retomar esta pregunta, entonces veamos qué pasa con el muerto en un duelo que ha llegado a término. El trabajo sobre el duelo de Jean Allouch nos servirá para acercarnos a esta problemática. Este psicoanalista demuestra cómo el duelo, al contrario de lo que comúnmente se ha creído desde Freud, “no puede ser concebido en términos duales, como un problema de pareja entre quien está de duelo y su muerto”<sup>7</sup>; el público y el ritual como manifestaciones de lo social, son elementos fundamentales sin los cuales el recorrido no es viable.



En primer lugar, el muerto no parte solo, se va llevándose algo del deudo, lo que implica que no sólo perdemos al muerto, además se nos lleva algo. De nuevo podemos decir que estamos aquí ante un despojo en el doble sentido, al punto que aunque Allouch no utiliza este término, nos autoriza a establecer esta relación al enfatizar que quien está de duelo “tiene relación con un muerto que se va, llevándose con él *un trozo de sí*. Y quien está de duelo corre detrás, los brazos tendidos hacia adelante para tratar de atraparlos a ambos, al muerto y a ese trozo de sí, sin ignorar en absoluto que no tiene ninguna chance de conseguirlo. Así el grito del duelo es: ‘¡Al ladrón!’. No implica necesariamente que el muerto sea identificado con el ladrón; tal vez sea simplemente cómplice o mercenario pagado por el ladrón; tal vez el ladrón no exista; tal vez la pregunta planteada sería justamente la de su existencia. Pero hay robo, y por lo tanto posibilidad abierta de ese grito”<sup>8</sup>.

Subrayemos entonces que siempre hay robo. Allouch aclara muy bien, y este es uno de sus aportes fundamentales, que eso que se lleva el muerto es “*un trozo de sí*”.

<sup>7</sup> Jean Allouch, *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, Córdoba, Editorial Edelp S.A., 1996, pág. 31.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 31. Las cursivas son del autor.

No se trata de un trozo de mí, el deudo, ni de él, el muerto, sino de sí, es decir que ese trozo tiene una “pertenencia indeterminada”. Es un objeto dentrambos, pero sin que haya posibilidad de establecer repartos, “no un trozo cualquiera, sino un trozo que le importa, un trozo libidinizado, un trozo en que el deseo está comprometido”<sup>9</sup>. Ese trozo de sí es el objeto que en tanto libidinizado tiene un valor fálico, y el duelo consiste no sólo en arreglárselas con la falta del muerto, con el agujero que en lo real nos ha dejado su partida, sino que, como si esto fuera poco, el sujeto se ve confrontado a realizar el sacrificio de ese trozo, lo que implica entonces, adicionar pérdida a la pérdida<sup>10</sup>.

Sea que la experiencia ante la notificación de la muerte del otro nos suscite el grito, o el llanto, o el intento de explicárnosla formulando sin cesar numerosas preguntas y hasta vociferaciones, o sea que nuestra única respuesta sea la ausencia de ella, el vacío, el más absoluto mutismo, en todos los casos estamos ante la misma evidencia: el déficit radical de los recursos del lenguaje, la impotencia de nuestras palabras y de nuestras imágenes para nombrar, para representarnos esa pérdida. Esa vivencia da cuenta de aquello que Lacan, refiriéndose al duelo, explica como un agujero en lo real<sup>11</sup>. Lo real como lo imposible; aquí es imposible nombrar esa pérdida, dotarla de sentido, determinar su causa.

## LA CAUSA Y LA NOMINACIÓN

La causa toma un lugar preponderante en el duelo, va mucho más allá de encontrar qué anotar en la partida de defunción. Aunque muy precario, ese requisito previo a la autorización de los funerales da cuenta no sólo de la necesidad de apelar a todos los intentos para inscribir la muerte, sino también, de la exigencia de determinar la causa<sup>12</sup>.

Todas las acepciones que de la palabra causa nos puede brindar un diccionario están implicadas en el duelo: principio, razón, motivo, móvil, proceso, fin, interés, ideal<sup>13</sup>. Como quiera que se le enfoque, el sobreviviente intenta determinar la causa y lograr una inscripción de la misma. Siempre nos sorprende y siempre realizamos el intento, aun en los casos de aquéllos cuya muerte no debería tomarnos por sorpresa al ser el desenlace de una penosa enfermedad. Freud ya había señalado esa pretensión siempre fallida de nombrar la causa de la muerte: “Por lo general, destacamos el ocasionamiento contingente de la muerte, el accidente, la contracción de una enfermedad, la infección, la edad avanzada, y así dejamos traslucir nuestro afán de rebajar la muerte de necesidad a contingencia”<sup>14</sup>.

Detengámonos un momento en esa acepción de la causa que nos remite a los ideales, a los sueños en torno a los cuales anudaba su vida el muerto. En la encrucijada en la que se encuentra el sujeto de duelo, uno de los lazos a desanudar para poder

<sup>9</sup> Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 409.

<sup>10</sup> “... quien está de duelo efectúa su pérdida suplementándola con lo que llamaremos un ‘pequeño trozo de sí’; he aquí, hablando con propiedad, el objeto de ese sacrificio de duelo, ese pequeño trozo ni de ti ni de mí, de sí; y por lo tanto: de ti y de mí, pero en tanto que tú y yo siguen siendo, en sí, no distinguidos”. *Ibid.* pág. 10.

<sup>11</sup> Jacques Lacan, *El deseo y su interpretación*, sesión del 22 de abril de 1959. Seminario inédito, disponible en medio magnético.

<sup>12</sup> Notemos que aun en aquellos casos de muertes esperadas, de personas que sabemos enfermos terminales, por ejemplo, los comentarios de los asistentes al funeral girarán en buena parte en torno a la pregunta que, aunque aparentemente obvia en estos casos, no deja de formularse, como si no se hubiera muerto por la enfermedad que venía padeciendo o simplemente por vejez; como si hubiera que precisar aún más, como si fuera necesario con la reconstrucción de los últimos instantes de la vida del muerto, explicar su muerte, encontrar la causa.

<sup>13</sup> Desde el psicoanálisis podemos agregar otras dimensiones de este término absolutamente pertinentes aquí. Señalemos que efectivamente en el duelo se pone en juego la causa, aquella implícita en La Cosa, eso innombrable míticamente primordial, inabordable para el sujeto y cuya pérdida lo produjo, permitiendo entonces la constitución del objeto *causa* del deseo, a cuya falta, una vez más, pero de manera brutal, se ve ahora confrontado en el duelo. Lacan subraya la relación etimológica entre La Cosa y causa. Jacques Lacan, *El seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis, 1959-1960*, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1988, pág. 57.

<sup>14</sup> Sigmund Freud, “De guerra y muerte. Temas de actualidad”, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979, pág. 291.



asumir la pura pérdida, del muerto y del trozo de sí, tiene que ver con ese porvenir que se convirtió de repente en un “sin-haber-venido”, si se me permite la expresión. Aunque nos acosen por momentos los recuerdos de lo vivido con el difunto, el problema no reside tanto en esta memoria de lo realizado, sino en lo no cumplido. Allouch condensa esta tesis en el siguiente “teorema”: “*la medida del horror en quien está de duelo es función de la medida de la no realización de la vida del muerto*”<sup>15</sup> y precisa entonces que si antaño la muerte del padre constituía el paradigma del duelo, hoy en día lo es la del hijo<sup>16</sup>. En él el porvenir era ancho, su horizonte estaba pleno de futuro, tenía toda una vida por realizar. No resulta extraño entonces encontrar en el libro testimonial de María Eugenia Vásquez sobre su vida y su militancia en el M-19, que luego de haber sufrido la muerte de varios de sus compañeros de lucha más próximos y la de su pareja, de haberle negado lugar a estos duelos aferrándose más a su ideal, el golpe certero, brutalmente devastador, lo sufre con el fallecimiento de su hijo: “*La muerte del hijo fue la síntesis del sufrimiento: la suma y la multiplicación de cada una de las sensaciones punzantes que se clavaban en el corazón cuando, uno por uno, los amigos, las hermanas, los amores, iban cayendo enredados en sueños. Con el hijo se fue la esperanza; por eso quedé así, como perdida en el mundo. [...] La muerte de mi hijo Juan, en plena adolescencia, rompió mi existencia en dos. Me había preparado bastante bien para afrontar mi propia muerte, había soportado con sensatez la de mis más queridos compañeros sucedida en combate, incluso logré entender como parte de la cruel dinámica de la confrontación los asesinatos que durante los últimos años acabaron con la vida de compañeros y colaboradores. Pero, la muerte súbita de mi muchacho, ¡no! No entraba en los riesgos, no estaba prevista, tampoco tenía razón de ser, por eso me corrió el piso. [...] conocía las dificultades para mi retorno y no me importaron, tal vez porque en el regreso buscaba la muerte más que la vida*”<sup>17</sup>.

Hagamos notar que la autora explicita no sólo cómo quedó “*perdida en el mundo*”, sino que estaba preparada para otras pérdidas, las de sus compañeros de causa, digamos, pero no para la del hijo. Entonces, se da a una búsqueda; tal vez no sea atrevido decir que corrió tras el hijo muerto, porque nos da a entender que a pesar de todas las dificultades de su condición de clandestinidad regresó porque “*buscaba la muerte*”.

En el intento de delimitar ese agujero en lo real dejado por el muerto, sus huellas, la memoria de lo realizado, cumplirán un importante papel. Quien está de duelo intentará con esta puesta en marcha de la memoria bordear ese hueco, recorrer de nuevo el camino trazado por el muerto. Con frecuencia decimos que el muerto estaba “*deshaciendo sus pasos*”; el deudo a menudo tiene que seguir el camino contrario, tendrá que rehacer los pasos del muerto, reencontrar y seguir su cauce, su causa. Pero como ya lo dijimos, lo que da su tono más terrible al duelo no es esto, sino la

<sup>15</sup> Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 375.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pág. 371.

<sup>17</sup> María Eugenia Vásquez, *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*, Bogotá, Ilsa, Ediciones Antropos, Ministerio de Cultura, 2001, págs. 410, 415.

causa no cumplida, lo no realizado; de ésta no hay huellas. Subrayo este punto porque se notará que en la medida en que sea mayor el peso de la causa como ideal, más atado a él estará el muerto. Su truncado porvenir será retomado como porvenir del que sufre el duelo. Son los sueños en los que “*uno por uno iban cayendo enredados*” los compañeros de María Eugenia Vásquez, la causa ideal como algo que, no sólo enreda al otro hasta llevarlo a la muerte, sino que deja también a los sobrevivientes con ese enredo<sup>18</sup>.

Esos asuntos pendientes que deja el muerto son asuntos pendientes entre él y quien sufre el duelo, hacen parte del trozo de sí, lo recubren y operan por él, a partir de ésta que he llamado con uno de los nombres de la causa, el muerto se cree, según quien está de duelo, con potestad sobre éste, y en parte lo engancha con el anzuelo de esos asuntos pendientes, exigiéndole que realice su vida no vivida. El problema es aún mayor cuando estos asuntos no se pueden no sólo realizar, sino ni siquiera nombrar, cuando la causa del muerto y de su muerte quedan fuera de todo intento de nominación, cuando nada de ella puede ser escrito, cuando la memoria está cubierta por un interdicto y por lo tanto se rechaza la cobertura significativa que busca arropar precariamente esa falta. En los procesos de duelo fruto de nuestro conflicto armado, esta situación es frecuente. Por un lado porque la inoperancia del aparato judicial no logra, en la mayoría de los casos, establecer la causa del crimen o de la desaparición, ni a sus autores, aunque todos lo sepan; y por el otro, porque muchas veces el manto de silencio debe recubrir la causa del muerto. Habrá que agregar también que la degradación del conflicto ha conducido al desdibujamiento del ideal. El mismo hecho de no reconocer el estatus de combatientes a los guerrilleros, de que el Estado les niegue de esta manera la causa de sus luchas, de sus vidas y de sus muertes, dificulta aún más el duelo. No sólo el de los miembros de una u otra organización, también el de los que han recibido la muerte de manos de ellos, porque tampoco para éstos será posible nombrar la causa de sus muertes: “¿Cuál conflicto armado? ¡Delincuencia común, terroristas!”

De esta manera, el duelo se encuentra en estos casos desprovisto de la nominación. El Estado rehúsa la nominación, hace permanente su calificativo de “autodenominados” para referirse a estos grupos, con lo cual también de paso, en los momentos en que llega a establecer acuerdos con ellos, les resta piso simbólico a los mismos, porque ¿cómo se realiza un pacto con otro al que no acepto nombrar? ¿Qué estoy pactando, si la causa del otro, sobre la que el pacto tendría que recaer, permanece innominada, no sólo no compartida, discutida, interpelada, todo lo cual puede darse pues es precisamente el objeto del pacto o del acuerdo; pero si no se nombra, si no se reconoce ¿qué clase de acuerdo puede surgir de allí? ¿Cuál podrá entonces ser su eficacia? El nombre mismo de “reinsertados” o de “desmovilizados” con que se ha



<sup>18</sup> El problema de la causa y sus articulaciones con el ideal en el contexto de los militantes de grupos guerrilleros que han retornado a la vida civil, ha sido trabajado por María Clemencia Castro en *Del ideal y el goce. Lógicas de la subjetividad en la vía guerrillera y avatares en el paso a la vida civil*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 2001.



llamado a los guerrilleros del M-19, el EPL, el ELN y a los paramilitares de los últimos acuerdos que se han dado en el país, muestra que son maneras de, vía denegación, mantener la exclusión. No sólo se soslaya de entrada el acuerdo que se supone se ha sellado, también se obstruye a la memoria, a la posibilidad de escritura.

Parte del horror del duelo consistirá en la dificultad para deshacer la hipoteca que sobre la vida de quien lo padece ha establecido lo que quedó por vivir del muerto, hasta llegar al “momento de concluir”<sup>19</sup> que la del muerto, pese a todo, fue una vida realizada y el doliente pueda así soltar ese encargo, transformar la relación con el muerto y zafarse de ese enunciado imperativo que lo gobernaba: “*Porque los muertos mandan*”<sup>20</sup>, tan presente en el imaginario histórico y político de nuestro país. Pero a ese momento no se llega por la vía de la reflexión, ni ahorrándose los otros pasos lógicos, su surgimiento depende del sacrificio de ese trozo de sí. Es decir que la posibilidad de inscribir el nombre del difunto y de su causa ocupa parte fundamental del duelo y no puede ser evadida. El papel de la sociedad y particularmente el del Estado en este punto en el que pueden propiciar o no esas nominaciones y su escritura, es fundamental y en estos casos hace parte de la indispensable dimensión social del duelo.

Para aproximarnos a aquello que está implícito en el “*gracioso sacrificio de un trozo de sí*”, y a su relación con la venganza, voy a recurrir al análisis de este proceso en algunos apartes del testimonio de María Eugenia Vásquez, *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*, y en tres historias, las planteadas en los cuentos “La venganza” de Manuel Mejía Vallejo, “Hierro viejo” de Onelio Jorge Cardoso<sup>21</sup>, y en la novela de Gabriel García Márquez *El coronel no tiene quien le escriba*<sup>22</sup>.

Como recordará el lector, en *El coronel no tiene quien le escriba* asistimos a la constante y monótona espera que por cincuenta y seis años ha absorbido al coronel: la confirmación de que la pensión a la que tiene derecho como ex combatiente, luego de firmado el tratado de Neerlandia, por fin llegará. Como vemos, el tema no nos resulta ajeno frente a lo que aquí nos convoca, me refiero a los conflictos armados de Colombia, y menos aún cuando a esa interminable espera sumamos el hecho de que el coronel y su esposa están de duelo. Han perdido a su hijo Agustín; las causas, tampoco resultan inocuas. Se nos deja saber que fue asesinado en la gallera con el fusil de un policía, “por distribuir información clandestina”, “hojas clandestinas”<sup>23</sup>.

## LA ESCRITURA

Detengámonos un momento en estas hojas ya que pueden ilustrarnos sobre algo concerniente a la función de la escritura en el duelo. El tema de las hojas clandestinas atraviesa buena parte de la obra de García Márquez. Comienza en su primera novela, *La hojarasca*, en donde la “hoja” ya está presente en el nombre mismo de la novela y

<sup>19</sup> Allouch se sirve aquí de los tiempos lógicos planteados por Lacan: instante de ver, tiempo para comprender y momento de concluir. *Op. cit.* pág. 376. Véase Jacques Lacan, “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”, en *Escritos I*, México, Siglo XXI Editores, 1971.

<sup>20</sup> Bernardo Tovar, “Porque los muertos mandan. El imaginario patriótico de la historia colombiana”, en *Pensar el pasado*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Archivo General de la Nación, 1997. En este artículo el autor examina el pesado papel que los muertos han tenido en la historia de Colombia por la vía de sostenerlos en una serie de mitos y de plasmarlos en la escritura, en cierta forma de la historia y en la vida política del país.

<sup>21</sup> Los dos cuentos aparecen publicados en este mismo número de la revista, su lectura permitirá al lector aproximarse de manera directa a los duelos y las venganzas en ellos planteados, mucho más allá de lo que mi presentación resumida pueda brindarle.

<sup>22</sup> Aunque se trata de dos tipos de textos, que obedecen a objetivos y facturas muy distintas, hay un punto que los enlaza, justamente el problema del duelo y sólo en lo que atañe a esa estructura serán tomados aquí. Si se repara en la función de la escritura en el duelo, veremos que no es impertinente leer un testimonio junto con unos escritos de ficción.

<sup>23</sup> Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 15ª ed., 1994, pág. 13.

en un pasquín que le ponen en la puerta al doctor acusándolo de la desaparición de Meme, su concubina. Estos pasquines se despliegan a todo vapor hasta constituir el tema central de *La mala hora*, en ellos van escritas verdades que todo el pueblo conoce y tienen la dimensión de la injuria. El carácter de “letra” del pasquín es subrayado en la novela cuando se nos indica que su fuerza no radica en el mensaje (puesto que lo que dicen todo el pueblo ya lo sabía) y que al final ni siquiera son escritos, sino dibujos sin sentido y el sujeto de la enunciación no aparece; cuando se intenta responder por el autor lo que surge es un “*Es todo el pueblo y no es nadie*”<sup>24</sup>, pero se puede plantear la hipótesis de que es un muerto, o los muertos que, teniendo pendiente su duelo, buscan escritura. El efecto de esta “escritura en sufrimiento” es desolador, lenta y efectivamente va desocupando al pueblo. Los pasquines terminan mutándose en hojas clandestinas al final de la novela, por cuyo porte es asesinado en la gallera uno de sus personajes, al que se le acusa de ser el artífice de los pasquines y de lucha subversiva. Su asesinato es negado, su cadáver desaparecido, con lo que se confirma en este punto de llegada, el de partida: los pasquines eran la escritura de los muertos, el sufrimiento de la letra era aquí el de los muertos sin sepultura, sin memoria, sin duelo. Las hojas clandestinas arriban hasta *El coronel no tiene quien le escriba*; como ya anotamos, fue por estar repartiéndolas que Agustín fue asesinado, también en la gallera, y al tiempo son las cartas que él escribe desde el más allá. En el siguiente paso las hojas clandestinas se transforman de nuevo, ahora en los pergaminos de Melquíades en *Cien años de soledad*. Siempre se trata de escrituras censuradas, cifradas, articuladas a los duelos imposibles, a la violencia que su imposibilidad redobra y de los cuales el escritor se ocupa, realizando lo que Ernesto Volkening llamó “un triunfo sobre el olvido”<sup>25</sup>, dando curso a esta escritura, facilitando que llegue a su destino y que el duelo tome otro curso.

En *El coronel no tiene quien le escriba* somos testigos de la superposición de dos esperas, que quizás sean la misma: la de los escritos que nunca le llegan al coronel, y la de la “hojas clandestinas” que escribe desde el más allá Agustín, su hijo asesinado, en la tortura de buscar una escritura no censurada, memoria sin interdicción, señalándonos su función en el duelo. La relación escritura-duelo no aparece únicamente en el espacio de la ficción, en las novelas; en todo duelo hay “una apuesta real de la escritura; la escritura aquí, forma parte del acto de duelo”<sup>26</sup>. En *Vivir para contarla*, García Márquez revela cómo la escritura de *Cien años de soledad* y probablemente la de las novelas que le precedieron está ligada en particular a un duelo: aquel que la novela reproduce como origen del desplazamiento que terminó con la fundación de Macondo: el duelo en que su abuelo el coronel Nicolás Márquez mató a un hombre en Riohacha y por el cual tuvieron que huir del pueblo, huyeron por un duelo, en los dos sentidos del término. Muchos años después, en Manaure, un hombre se le presentó al escritor

<sup>24</sup> Gabriel García Márquez, *La mala hora*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2000, pág. 148.

<sup>25</sup> Ernesto Volkening, *Gabriel García Márquez: un triunfo sobre el olvido*, edición de Santiago Mutis, Bogotá, Arango Editores, 1998.

<sup>26</sup> Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 358. Aunque en esta cita Allouch se refiere a la función que tiene la escritura en el cuento “Agwii, el monstruo de las nubes” de Kenzaburo Oé, es pertinente recalcar que en general en el duelo ella tiene un papel fundamental, al punto de poder afirmar que no hay escritura sin duelo, que ella surge de aquel. En otro lugar señalé el papel que el duelo y en particular la muerte del padre tienen en la escritura; entre los escritores contemporáneos que dan cuenta de forma explícita de la relación de su escritura con la muerte del padre podemos contar a Antonio Tabucchi y a Paul Auster. Mario Figueroa, “El coronel de Arturo Ripstein o del hallazgo de la letra”, en *Desde el Jardín de Freud*, Revista de Psicoanálisis, núm. 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001.



diciéndole: “su abuelo mató a mi abuelo [...] en un modo cálido, como si también esa fuera una manera de ser parientes. [...] En realidad se llamaba José Prudencio Aguilar, y era un contrabandista de oficio, derecho y de buen corazón. En homenaje suyo, para no ser menos, bauticé con su nombre al rival que José Arcadio Buendía mató con una lanza en la gallera de Cien años de soledad”<sup>27</sup>. La claridad de la cita nos permite omitir los comentarios, y sólo subrayar ese parentesco que se genera en la venganza y que en este caso se liquida, poniéndole fin a la persecución por la vía de la parranda en honor a la memoria de los abuelos, la escritura y la nominación<sup>28</sup>.

Para María Eugenia Vásquez la escritura tuvo también un papel salvador, le permitió introducir un alto en la persecución, transformar la relación con los fantasmas que en su caso como en el de tantos otros, no faltan en el duelo. En el momento preciso de su más profundo dolor, luego de la muerte de su hijo, cuando regresa al país buscando más la muerte que la vida, y encuentra que “el país entero estaba sembrado de tumbas y de miedo”<sup>29</sup>, y que está completamente sola y perdida, se topa con un ejercicio de escritura, y como si de un nuevo comienzo se tratara, de algo a deletrear, íes a escribir cartillas a lo que se va a dedicar!... cartillas de democracia. “El ejercicio de leer y escribir se convirtió en un oficio agradable que daba sentido a ocho horas o más de cada día. Pero yo me hallaba igualmente vacía”<sup>30</sup>. Seguía acosada por el deseo de muerte, y se veía forzada a ir inventándose su vida por capítulos. Será sólo luego de este preliminar ejercicio de escritura que, recobrando un poco las fuerzas, decide visitar por fin el cementerio, la tumba de su hijo. Durante meses lo había evitado.

La terrible confrontación con la tumba del hijo se le va a presentar como uno de los momentos claves de la persecución en su duelo. De hecho, el haber estado postergando este encuentro ya implicaba la persecución, esa vivencia que Allouch ubica como “pivote” del duelo<sup>31</sup>: “Un miedo colectivo hacía difícil mi relación con la gente. Toqué varias puertas y muchas se cerraron en mis narices con una sonrisa. [...] Casi todos los conocidos me percibían como posibilidad de muerte, portadora de peligro en mi carácter de perseguida”<sup>32</sup>. Perseguida perseguidora, perseguidora por perseguida. Más adelante señalaremos las distintas posiciones de la persecución en el duelo, por ahora, indiquemos que los fantasmas propios de este proceso van a comenzar a poblar la realidad de María Eugenia Vásquez, a entrar como protagonistas en esta persecución tan intensa: “Alguien que pasaba, un timbre de voz, una canción en la radio, eran detalles que evocaban rostros, nombres o seudónimos y de inmediato la muerte comenzaba a devorar su imagen”<sup>33</sup>. Dos monumentos de despojo conectados entre sí serán los signos de esta persecución y de los fantasmas que la agenciaban: “Así se pobló mi mundo de fantasmas, los veía pasearse por toda la ciudad. En sueños los reunía para abrazarlos. El edificio calcinado del Palacio de Justicia y la tumba de mi hijo se destacaban como síntesis de mi realidad y sentía que la vida se desdibujaba con la ausencia de

<sup>27</sup> Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2002, pág. 499.

<sup>28</sup> Conviene indicar aquí que no hay equivalencias posibles entre los procesos de duelo, que éstos están inscritos y afectados por las particulares relaciones que con la muerte tienen las distintas culturas y épocas, y que incluso para una misma persona, no todas las muertes de sus seres próximos implican necesariamente un duelo, ni tendrían que implicarlo como a menudo se pretende. Hay diferencias entre el duelo producto de la muerte de un enemigo, la de un amigo, un amado, etc.

<sup>29</sup> María Eugenia Vásquez, *op. cit.*, pág. 417.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pág. 418.

<sup>31</sup> Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 378.

<sup>32</sup> María Eugenia Vásquez, *op. cit.*, pág. 417.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pág. 419.

sus protagonistas. *El silencio de los muertos era mi propio vacío interior. Estaba habitada por fantasmas*<sup>34</sup>.

A pesar de todo prosigue su trabajo de escritura, termina las cartillas y se encuentra escribiendo una crónica en la que sus vivencias como militante tienen un lugar. *“Me entendí entonces como portadora de una historia que no me pertenecía por completo y que suponía un punto de responsabilidad frente a otros. Ya no me podía morir tan impunemente, por lo menos hasta cuando consignara esa parte de memoria que pertenecía a la historia del país”*<sup>35</sup>. Desde este momento asume la escritura de manera decidida como ejercicio de memoria y comienza a redactar su *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* bajo la dirección del profesor Jaime Arocha, en el contexto de su trabajo de grado como antropóloga. Se compromete en este intento aun a riesgo del dolor que le causa, porque este encuentro con la escritura no tarda en tomar las formas del encuentro con la muerte: *“En marzo de 1989 comencé a pulsar el recuerdo para consignar lo vivido e ir descubriendo hilos conductores y lógicas de comportamiento que me permitieran entenderme. Desde los primeros ejercicios la muerte tomó cuerpo. Las preguntas de Jaime Arocha sobre lo que escribía desencadenaban procesos que me llevaban a escudriñar mi interior, a veces con mucha angustia. Quería superar la idea recurrente de la muerte, pero retornaba a ella. Hasta que comenzó a ser objeto de análisis y decidí hacerle frente estudiando los rituales que diversas culturas realizan para elaborarla y poder manejarla”*<sup>36</sup>. Más adelante veremos que no fue sólo por la vía del análisis de los rituales mortuorios como logró salir de ahí, sino por la de un acto que la comprometió de nuevo con la muerte.

Señalemos un doble movimiento en la relación que establecía María Eugenia Vásquez entre escritura y muerte: por un lado, la escritura detiene a la muerte, por lo menos momentáneamente: *“ya no me podía morir tan impunemente, por lo menos hasta cuando consignara esa parte de memoria...”*, por otro, es justamente en la escritura donde se da el reencuentro con la muerte, donde *“la muerte tomó cuerpo”*<sup>37</sup>. Sin embargo, no se quedó atrapada ahí, la escritura autobiográfica como ejercicio de memoria le brindó una salida: *“[...] actuó como fuerza vital, porque pude recuperar lo positivo en medio de tantas pérdidas, para salir de la tristeza y la incertidumbre en que estaba sumida”*<sup>38</sup>. *“La memoria rescata del pasado las huellas de identidad que necesita en función del presente: allí reside su potencial de cambio. Yo sentí que renacía mientras escribía mi vida, fue como dibujarme para otros”*<sup>39</sup>. A partir de su *Bitácora* María Eugenia Vásquez entiende la memoria, no como amarre, sino como recuperación del pasado en un acto de libertad que lo proyecta hacia un horizonte de futuro<sup>40</sup>.



<sup>34</sup> *Ibid.*, pág. 419.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pág. 420.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. 421.

<sup>37</sup> *Ibid.*, págs. 420, 421.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pág. 18.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 19.

<sup>40</sup> María Eugenia Vásquez, “Escrito para no morir: memoria desde la exclusión”, en Cristóbal Gnecco y Marta Zambrano, *MEMORIAS hegemónicas, memorias DISIDENTES. El pasado como política de la historia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2000, pág. 317.

### “EL GRACIOSO SACRIFICIO DE UN TROZO DE SÍ”

Retornemos al apoyo que nos brinda la literatura. Estábamos reconstruyendo los elementos capitales de *El coronel no tiene quien le escriba*; habíamos dejado a estos padres sufriendo por la muerte de su hijo, se han aferrado, particularmente el padre, a un objeto, único legado que de él les quedó. Se trata de un gallo de pelea al que la gente del pueblo también considera su tesoro, han condensado en él sus ideales y la búsqueda de una esperada venganza al enfrentarlo no se sabe muy bien con quién, pero se deduce que es al usurpador, al que efectuó el despojo.

En medio de su espera<sup>41</sup>, acosado por el hambre, el coronel decide hacer caso a los consejos interesados del usurero y delator del pueblo, así como a las admoniciones de su esposa, y vender el gallo; pero en el momento en que la riña parece a punto de confirmarse, decepcionando al pueblo que, desbordante de goce entrena al gallo en una gallera improvisada en el circo, el coronel no sólo deshace el negocio, sino que decide que el gallo ahí no peleará... mantiene su objeto y prolonga su espera.

En “La venganza”, cuento de Manuel Mejía Vallejo, sus primeras líneas nos introducen así en el tema del título: “A veces trataba de olvidar que buscaba a un hombre para matarlo. Sin embargo seguía de pueblo en pueblo, de hacienda en hacienda, con un odio que ya me cansaba los ojos”<sup>42</sup>. Quien de tal modo se presenta es un joven que había crecido solo con su madre; se cansó de verla esperar al hombre que nunca regresó, faltando a su promesa de volver por un gallo de pelea que le dejó como única prenda, además de su preñez. Al cabo del tiempo, muerto el gallo, les quedaron sin embargo sus crías que daban muestras de ser tan finos como el reproductor. El sino del muchacho estaba trazado, era de esperar: mientras alimentaba a la par su odio y a un gallo fino, recorría la región de pueblo en pueblo, de feria en feria, esperando encontrar al Cojo, gallero como de cuarenta y cinco años, a quien buscaba para darle muerte. Llegado al pueblo en el que todos los indicios le auguraban que por fin podría concretar la cita que el destino le había señalado, asiste por fin a la gallera, no sin antes enredarse con una muchacha que respondió a su galanteo.

Ya prestos a comenzar la riña, el gallero viejo, el Cojo, quien con su crueldad es el amo del pueblo y comanda una cuadrilla de matones, acepta el desafío del joven sólo movido por un nombre y una corta historia: pronto a castigar al joven por su retadora insolencia, se detiene en seco y pierde la fuerza de su soberbia cuando por fin el muchacho le espeta que el gallo tapado que trae bajo su poncho se llama *Aguilán*, nombre que resultó de combinar *Águila*, como quería llamarlo su madre, y *Gavilán* que fue el propuesto por él. El extraño nombre no le es indiferente al Cojo, pues era el del fino gallo que un día dejó a esa mujer por la que nunca regresó. Como se ve, la nominación está aquí en juego y por un momento detiene el paso a las armas que tanto



<sup>41</sup> Espera que constituye lo que conocemos en psicoanálisis como procrastinación, cuyo papel en el duelo desentrañó Lacan a propósito de Hamlet en su seminario sobre *El deseo y su interpretación*.

<sup>42</sup> Manuel Mejía Vallejo, *La venganza*, Bogotá, Editorial Santillana, 1995, pág. 5.

el joven como los matones del viejo tenían ya listas ante el cruce de altanerías. El Cojo ordena entonces traer a su mejor gallo para enfrentarlo a éste mientras el joven siente que su *“vida se había hecho para este momento”*<sup>43</sup>. Descubre por fin su gallo tapado, asombrosamente parecido a aquel que el viejo ha hecho traer para oponérselo al del joven<sup>44</sup>. En medio del fragor del gentío que sigue la riña y de los aletazos de los contendores, mientras el muchacho prepara su puñal y el viejo su zurriago, el joven le hace saber a él y al lector, que la madre ha muerto, que murió esperando a un hombre y cuidando unos pollos. Cuando en la gallera sobresaltada se escucha al unísono un *“¡Lo mató, lo mató!”*, el muchacho recoge a su gallo triunfante y sale del lugar ante la mirada fija del viejo en su gallo muerto. El joven se detuvo un instante antes de pasar al acto, cancelándolo, cuando vio en el Cojo a *“un hombre, sólo un hombre, también desamparado, sin más camino que la muerte”*<sup>45</sup>. Dispuesto a abandonar el pueblo, el joven se topa con la mujer con quien había estado y sintiendo que algo de su padre se estremeció en él cuando la vio, y algo de la tristeza de la madre le retornó, sólo le dijo: *“Aquí dejo este gallo en prueba de que volveré. Es de la mejor raza”*<sup>46</sup>.

El tercer relato es “Hierro viejo” del escritor cubano Onelio Jorge Cardoso. Un viejo espera a su hijo al que han alistado en el ejército. En su espera acaricia el herrumbroso arado, sujeto al cabo de naranjo, tomado del árbol que habían sembrado con su hijo con el fin ex profeso de tener una buena manquera para ese arado. Un mal día lo llaman a comparecer al puesto militar del pueblo, asiste raudo creyendo que le notificarán el regreso de su hijo cuando en realidad le comunican su deceso. Tiempo después, un militar se presenta en la finca del viejo, quien tras la muerte de su hijo se refugia en el silencio y en la soledad de su terruño. El militar lo encuentra cerca del pozo, luego de saludarlo le comunica el motivo de su presencia: la capitania lo ha puesto a recoger hierro viejo para fundir material *“como ayuda a la causa”*<sup>47</sup> (¡de nuevo la causa!). Como el viejo calla, el militar le insinúa que podría colaborarle con ese arado que está ahí. Crece la apatía del viejo. Con el fin de ganarlo para su causa el militar cree tentarlo con la venganza: *“Mire, tal vez este hierro sirva para matar al que mató a su hijo; así son las cosas de la vida, Lucas. Todo llega a su tiempo”*. Después de preguntar si ése que mató a su hijo no sería un muchacho como él a quien esperarían unos padres en su casa, y obtener un *“Ese..., es un enemigo”* como respuesta, el viejo tomó aliento, se incorporó *“zafó el rejón, y levantándolo en sus brazos dio dos pasos hacia el brocal del pozo. La voz del cabo sonó extraviada a su espalda:*

—¿Qué va a hacer, Lucas?

*Pero el viejo no contestó nada. Por él habló el chapuzón profundo en la entraña del pozo, y cuando se volvió, sus brazos estaban limpios de carga, dispuestos a levantar del suelo la manquera, hecha con el gajo arrancado de allí donde todavía estaba curándose al sol el muñón del naranjo crecido”*<sup>48</sup>.

<sup>43</sup> *Ibid.*, pág. 33.

<sup>44</sup> El asombroso parecido de los dos gallos sobre el que toda la gallera repara sin salir de su asombro al comprobar lo que creían imposible, que hubiera un par para el gallo del Cojo, sugiere el problema de la riña entre hermanos, la lucha fratricida por el padre, por la legitimidad, tema que encontramos también en varias de las novelas de Eduardo Caballero Calderón enmarcadas en el período que en nuestra historia hemos llamado de la Violencia.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 37.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pag. 39.

<sup>47</sup> Onelio Jorge Cardoso, “Hierro viejo”, en *Cuentos*, La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1975, pág. 63.

<sup>48</sup> *Ibid.*, págs. 64, 65.

<sup>49</sup> De todas maneras, esa coincidencia entre el nombre del objeto, el gallo, y el nombre por el cual se reconoce la filiación entre padre e hijo, debe implicar dificultades. Al problema de la nominación en el duelo, al que ya me referí a propósito del hecho de que el Estado mantenga la proscripción del nombre de los grupos armados y los deje en el campo de los “autodenominados”, podemos aproximarnos a través de la lectura que realiza Jean Allouch del cuento del escritor japonés Kenzaburo Oé: “Agwii: el monstruo de las nubes”. En éste, el protagonista está de duelo por la muerte de su bebé, al que ha dejado morir al creerlo enfermo de un gran tumor maligno, para comprobar tras la autopsia que era benigno y tenía buen pronóstico. Poder realizar el duelo le implicará al protagonista, entre otras cosas, pasar por nominar a su hijo a quien antes de morir no había dado un nombre. El nombre que le asigna es el de Agwii, único sonido que el bebé había emitido. La falta de distancia entre esta emisión vocal y el nombre en que después será convertida, el hecho de que, digamos, se mantenga tan vivo el objeto voz en este “nombre propio”, señala las dificultades en que se encuentra el padre para nominar, como si hubiera dejado al bebé, incluso después de su muerte cuando se decide a darle este nombre, como si lo hubiera dejado en la “autonominación”, voz que justamente el nombre propio, donado por la función del padre en la cultura, hace perder. Duelo que entonces hay que realizar. Allouch precisa que semejante “casi autonominación va directo al centro del problema del duelo tal como Oé nos lo presenta”, y que ésta juega su papel a la hora en que este padre no puede realizar el duelo de su hijo más que “reuniéndose con él en la muerte”. Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 362.

<sup>50</sup> Mario Figueroa, “Carta al coronel que no tiene quien le escriba”, en *Desde el Jardín de Freud*, Revista de Psicoanálisis, núm. 2, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

<sup>51</sup> No pocas veces la venganza tiene como objeto la honra. Se trata entonces de vengar la mancha de la traición amorosa o de la vejación a la mujer. La mujer entra aquí como el objeto perdido en el duelo, pero el pequeño trozo de sí está cifrado, más allá de ella, en el pequeño trozo en donde reside la honra: la virginidad. El caso es muy claro en *La vorágine* de José Eustasio Rivera y en algunas de las novelas de Eduardo Caballero Calderón. El valor fálico de este objeto es innegable y da cuenta también del hecho de que la violación de las mujeres del enemigo se constituye en uno de los elementos centrales de la venganza en las confrontaciones armadas, hecho para el

Muchos elementos retornan en estas tres historias, duelo, venganza y el trozo de sí. En algunos aspectos entre *El coronel no tiene quien le escriba* y “La venganza” parece haberse operado una inversión. Sobre un objeto común, el gallo, en una se trata de padres que están de duelo por el hijo, en la otra, del hijo que está de duelo por los padres. Por la madre que ha muerto recientemente, pero podemos decir que también por el padre a quien precisamente este joven da muerte simbólica al lograr el mutuo reconocimiento, entre otras cosas, por la vía del nombre, en este caso, por el nombre del gallo<sup>49</sup>. De esta manera evita pasar al asesinato. Sin embargo, en los dos casos el trozo de sí está constituido por el gallo. Éste fue la herencia que al coronel y a su esposa les dejó Agustín, tal como en el caso del cuento de Mejía Vallejo fue la herencia que el padre le dejó al hijo, pero también fue el legado que le dejó a su muerte la madre.

El valor fálico que inviste al objeto que constituye el trozo de sí es claro en los dos casos. En un trabajo anterior demostré cómo el gallo en *El coronel no tiene quien le escriba* así como en *Cien años de soledad* opera como falo<sup>50</sup>. Su proscripción en Macondo va emparejada con el repudio a las mujeres y la exaltación de La mujer, sea bajo la figura de la virgen (Remedios, la bella), sea bajo la de la prostituta (Pilar Ternera). El gallo es el objeto que se juega en la fundación de Macondo y representa la virginidad de Úrsula y el acoso del incesto, cuando Prudencio Aguilar le grita a José Arcadio Buendía que ojalá su gallo, que le acaba de dar muerte al de él, le haga el favor a su mujer. La impertinencia le costó la vida, e inauguró la interminable procesión de fantasmas y de duelos pendientes que pueblan la saga. No valió el que José Arcadio hubiera sacrificado todos sus gallos de pelea, enterrado el arma, la lanza de su abuelo, ni que se hubieran autodesterrado de Riohacha para fundar Macondo. Otros elementos permiten señalar claramente la investidura fálica de este objeto en *El coronel no tiene quien le escriba*<sup>51</sup>.

En “La venganza”, el cuento de Mejía Vallejo, también el gallo como trozo de sí tiene ese valor, su posición estructural lo confirma claramente, es el cuarto término que circula entre el padre, la madre y el hijo, operará al final como significante de la falta en tanto nombrará el deseo de la madre; antes de pasar a mero significante era lo que conservaba de su hombre, lo que soportaba su deseo, por eso su apego a él, y también dentro de una clara lógica estructural, quedará articulado al nombre del padre, éste aquí es *Aguilán*, es el nombre que ligó y permitió en ese combate detenido justo

que además se incita a los combatientes desde su entrenamiento en la mayoría de los ejércitos. Las mujeres son aquello que los ejércitos no soportan; que ahora las alistan en sus filas no cambia nada, lo femenino sigue excluido a favor de mantener a La mujer fálica como ideal. Las recientes evidencias de las

torturas a que fueron sometidos los prisioneros en Irak ilustran este hecho; el horror que estas torturas han despertado se debe en buena medida a que su agente es en muchos casos una mujer, una soldado norteamericana en innegable actitud fálica.

a tiempo, hacer la transmisión entre padre e hijo y operar la muerte simbólica de aquel, que ya no le pareció al joven ese poderoso rival al que por años quiso matar, del que se quería vengar, sino un hombre simple, el papá, del que algo le queda cuando se encuentra con la muchacha a la salida de la gallera.

En “Hierro viejo” el trozo de sí es el arado. Es aquel objeto que está entre el hijo muerto y el padre, juntos sembraron el naranjo con el proyecto claro de tomar de él el madero para la mancera de éste, era la herramienta compartida, en torno a ella se conjugaban los sueños mutuos, las labores en yunta, y la vida que les quedó por vivir. Su carácter fálico aparece señalado por dos vías: la herramienta para dejar la semilla en la tierra, y su potencia al poder transformarse en arma, tal como el militar viene a proponerle al viejo.

En los tres casos la valoración fálica que tienen estos objetos los hace también objeto de la codicia del otro que se empeña en continuar el despojo, tienen la dimensión de tesoro, no sólo para aquellos que están de duelo, también para los demás, y este hecho me parece capital en la comprensión de la articulación social de la venganza. Tal como el duelo, ella no es, como algunas veces se ha planteado desde el psicoanálisis, un mero conflicto centrado exclusivamente en lo imaginario, entre dos individuos que se disputan un objeto. El cuarto elemento está siempre presente e incluye lo social, más allá del campo social propio de la relación imaginaria, implica lo social en tanto articulado al deseo del Otro. El coronel que no tiene quien le escriba tiene que defender el gallo de la codicia del usurero y de la sed de venganza del pueblo entero que lo considera propio y le adjudica la capacidad de resarcir su orgullo. Asistimos a la fetichización que del animal hace el pueblo, a la sobrevaloración del mismo.

El gallo de “La venganza” también es sobrevalorado y codiciado; por un lado parece operar como gallo tapado para toda la gallera, y por el otro, repentinamente, apenas ven que ha flaqueado el Cojo, gamonal temido, dirigen sus simpatías al gallo del joven, único capaz de derrotar al déspota. También se hace objeto de los anhelos y del goce de la venganza del pueblo; al fin su callada causa se exterioriza y encuentra un objeto.

El hierro viejo nos muestra desde su nombre mismo el carácter de despojo de este objeto y cómo se le quiere despojar de él a Lucas, el padre. La mirada del militar se dirige hacia él, genera su codicia, lo imagina ya convertido en arma que dé muerte a un enemigo, al servicio de la causa.

En los tres casos se hace patente cómo el trozo de sí sobrepasa el carácter de un objeto íntimo; al ser eso que se halla entre el muerto y quien está de duelo parecería circunscrito únicamente a los dos, pero estos casos nos señalan que no está fuera de los otros lazos sociales, de la participación de un cuarto término, ni distante del circuito



de los tesoros al que nos referíamos al comienzo de este escrito, en esa articulación entre los objetos de la economía nacional, los de la economía pulsional y del deseo. Por otro lado, esa codicia que en torno a ellos se genera hace parte de la persecución en el duelo. El coronel, el héroe de “La venganza” y el padre en “Hierro viejo” sufren distintas presiones de los otros por estos objetos que están en su poder. La persecución entonces no es sólo aquella que realizaría el que está de duelo tratando de recuperar el trozo de sí que se ha llevado el muerto, o aquel a quien se identifique como el ladrón, también se da en forma invertida: la persecución recae fundamentalmente sobre quien está de duelo y se resiste a sacrificar ese trozo de sí, y es proporcional a esa resistencia.

Señalemos ahora el acto del “gracioso sacrificio”, como lo denomina Allouch. Recordemos que para este autor, el duelo se lleva a término cuando al añadir pérdida a la pérdida quien sufre el duelo sacrifica el trozo de sí. Se trata de un acto hecho de y a pura pérdida, no hay aquí reciprocidad, no hay intercambio. Mientras el sujeto se mantenga aferrado a este objeto no habrá posibilidad de poner fin a la persecución, ni a la ocasional o constante, según los casos, aparición de los espectros fantasmales, ni a la exigencia de vivir para honrar la memoria del muerto, que puede desembocar en no tener memoria más que para el difunto, sin posibilidad de olvido que apacigüe, que no sea el de la negación o el de la forclusión, el de la falta de escritura. Mientras se mantenga el objeto que está entre el muerto y el doliente, éste quedará ligado a vivir para lo que le quedó por vivir al muerto, con toda la ferocidad superyóica que puede a veces implicar encargo de tal talante. Los casos más críticos se dan cuando el sujeto, resistiéndose a sacrificar el objeto, se coloca él mismo como objeto a sacrificar, llegando al suicidio, “salida” que en ocasiones puede tomar dimensiones descomunales, con series que no se detienen fácilmente. Se trata en estas ocasiones del “la muerte llama a la muerte”<sup>52</sup>.

En los casos que recrean los relatos que hemos traído para nuestra lectura, el problema del sacrificio y el de la venganza son abordados de diferentes maneras: en “Hierro viejo” el final del duelo, el sacrificio del trozo de sí y la barrera impuesta a la venganza se conjugan al mismo tiempo y su sonido se escucha en el “chapuzón profundo de la entraña del pozo”<sup>53</sup>. Con un único acto, el de dejar caer el objeto, el de sacrificar ese arado tan querido que arrastra con su mancera todo eso a lo que ya nos referimos entre este padre y su hijo muerto, con ese acto el viejo Lucas concluye su duelo, se siente libre de peso, por eso siente libres sus brazos; pero al unísono, le impone límite a la venganza, se rehúsa a entrar en la espiral que el militar le propone, detiene la serie. A lo que el militar lo invita es a emprender la persecución, a ponerle alas a esa manifestación del duelo, pero invirtiéndola. En lugar de ser él el que está de duelo, quien sufra los embates de la persecución, le ofrece la posibilidad de realizarla sobre el otro, el “enemigo”, supuesto asesino de su hijo.



<sup>52</sup> Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 313.

<sup>53</sup> Onelio Jorge Cardoso, *op. cit.*, pág. 65.

Si examinamos con cuidado esta oferta podremos aproximarnos a lo que está implicado en la venganza, a la tesis que planteo en este trabajo, la de que la venganza es una de las formas de persecución en el duelo. Hemos indicado que el arado constituye el trozo de sí, que éste se encuentra entre el hijo muerto y Lucas que está de duelo. La posición tan particular de ese bien genera varias posibilidades que ejemplifican las de la persecución en el duelo. Una: Lucas correría tras el hijo muerto para que le devuelva el arado, no como mero hierro sino como su potencia y sus potencialidades, aquellas que estaban unidas a los proyectos que sobre él y su uso compartido tenían con el hijo. Otra: que el hijo muerto, como espectro fantasmal, emprenda la persecución sobre Lucas tratando de recuperar el trozo de sí con que se ha quedado el padre. Una tercera: que Lucas persiga al hijo muerto para entregarle el trozo de sí, de él, del muerto, con el que él se ha quedado. Nótese la posición casi especular y la confusión en la que quien está de duelo y el muerto quedan, de donde proviene la dimensión paranoica presente en el duelo, fuente de la que se nutre vorazmente la venganza (ya señalamos la situación de perseguida-perseguidora en la que quedó María Eugenia Vásquez durante un tiempo de su duelo)<sup>54</sup>. La oferta que le plantea el militar pone en contigüidad al trozo de sí y al supuesto asesino del hijo sobre el que se cobraría la retaliación: es por medio de ese hierro, fundido y transformado en arma o en munición que se alcanzaría el blanco, se trata entonces de que la munición se ubique en el lugar del supuesto asesino, o mejor, que se aloje en él, ¿que retorne a él como un trozo de sí? ¿Tan íntimo y tan extraño como la bala que alojada en nuestro cuerpo es la que nos da la muerte?<sup>55</sup> ¿Como la bala que partiendo del otro, siendo un trozo de él, se nos aloja como trozo de sí, *éxtimo*? Si aceptamos estos giros, se ve que el otro combatiente, aquel sobre quien recaería la venganza ocuparía el lugar del hijo muerto y en su lugar recibiría ese trozo de sí que le permitiría según la expresión demasiado popular “*descansar en paz*”, pero ¿a quién? ¿Al viejo Lucas que probablemente no tiene sosiego desde que murió su hijo? ¿Al hijo muerto que desde que murió, no ha podido descansar mientras continúe vivo quien le dio muerte? ¿Al supuesto asesino que desde que mató al muchacho se ha hecho también acreedor de y a un duelo? Se notará que estamos de nuevo ante otra forma del “la muerte llama a la muerte”, llamado que se escucha ensordecidamente en la venganza. Si quien dio muerte al hijo ocupa el lugar de éste, la venganza ejecutada sobre él equivaldría a matar al hijo y la expresión “para que descanse en paz” confirma esta hipótesis, es con la muerte que se descansa de la vida. Resumamos todo esto en una expresión: *El vengador, queriendo matar al victimario para que descanse en paz la víctima, realmente busca dar muerte (por segunda vez) a la víctima para descansar en paz él.*

Lo anterior nos plantea el problema de la segunda muerte, aquella que nos permitiría eliminar definitivamente a un muerto que ha quedado como muerto-vivo,

<sup>54</sup> “De suerte que al señalar que quien está de duelo corre tras él [tras el muerto] para aportarle una preciosa parte de él mismo, se pone en juego una pertinente ambigüedad en lo concerniente a ese ‘él mismo’. Allí tenemos el posible punto de inserción de una problemática paranoica en el duelo: el muerto se va llevándose algo (esa parte preciosa de quien está de duelo que éste deberá, al término de su duelo, cederle). Pero, ése es el alcance de la ambigüedad del ‘él mismo’, puede ocurrir que el muerto deje algo, y declare que quien está de duelo le ha sacado lo que el muerto dejó en él [...]. Así, las posiciones del muerto y de quien está de duelo, tan semejantes, pueden ser tomadas en un enfrentamiento imaginario, tipo perseguidor-perseguido”. Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 309.

<sup>55</sup> La vieja costumbre de guardar la bala que nos ha herido y que han logrado extraernos, confirma cómo pasa a ser algo íntimo. O mejor, algo “éxtimo”.

entre dos muertes, que no logra descansar y se nos sigue presentando como espectro fantasmal. La novela *El Cristo de espaldas* de Eduardo Caballero Calderón nos brinda un ejemplo muy claro de esto, ubicado en el contexto de la época que en la historia de Colombia hemos llamado “de la Violencia”: se trata del asesinato del gamonal del pueblo, crimen utilizado para encender los ánimos sectarios entre los campesinos y desviar los móviles del crimen, que recaían realmente en la búsqueda de tierras y en vengar la honra de una muchacha, mancillada por el hacendado, “*el cual, ya muerto y enterrado, comenzó a vivir extrañamente convertido en una obsesión de venganza, en un pensamiento de odio en la memoria de todos los vecinos. Había dejado de ser un gamonal para convertirse en un héroe. Había cesado de ser un muerto para volverse un fantasma*”<sup>56</sup>. Nacimiento después de la muerte, consistencia fantasmal del muerto que, nutrido por la venganza, espera una segunda muerte.

El recurso de la segunda muerte sirve también como coartada para quien está de duelo, también mediante ella él busca borrar de su memoria al muerto, librarse del acoso de este recuerdo invasor que no le da tregua, a él también le sirve para descansar en paz. La posición simétrica, especular, entre el muerto y el doliente nos permite afirmar que a todo muerto-vivo le corresponde un vivo-muerto<sup>57</sup>, alguien que ante la llegada de la muerte, ante la pérdida del otro queda muerto en vida, y que el descanso en paz del uno no se puede dar sin el del otro. Así, *la venganza implica un equívoco: es una coartada que busca realizar la segunda muerte creando un segundo muerto, salida fallida que no hace sino relanzar la muerte y la secuencia de las retaliaciones. Se mata a un tercero errando el golpe, mientras en realidad es al primer muerto a quien busco dar segunda muerte.*

En este contexto hay otra lectura posible de la venganza: los tres relatos que hemos tomado para nuestro análisis señalan claramente cómo el trozo de sí, mientras no se realice su sacrificio, es al mismo tiempo el objeto de la venganza. Plantearlo de este modo implica una ambigüedad, pero creo que ella resulta fecunda y precisamente indica el problema. “El objeto de la venganza” puede entenderse como el objetivo, el fin buscado, pero también como el objeto, el instrumento con el cual o mediante el cual ésta se llevará a cabo. Se logrará mediante el hierro viejo o mediante los gallos, en ellos reside la posibilidad de la venganza, son su instrumento, a condición de que en el uso que en la venganza se haga de él, éste se preserve, que no se realice el sacrificio. También y de manera más velada parece ser su objeto en el otro sentido, en el de su blanco, su finalidad<sup>58</sup>, de nuevo, preservándolo. El objetivo de la venganza es mantener el objeto. Es lo que nos señala el hecho de que una vez realizado el sacrificio de ese objeto, la venganza ya no es posible, se detiene. Si el trozo de sí fuera tan sólo un medio para lograr la venganza, el que nos privemos de él no la suspendería, el objeto podría desplazarse, buscaríamos otros objetos para ejecutarla. Si quien está de venganza

<sup>56</sup> Eduardo Caballero Calderón, *El Cristo de espaldas*, Bogotá, Biblioteca El Tiempo, 2003, pág. 118. El énfasis lo he puesto yo.

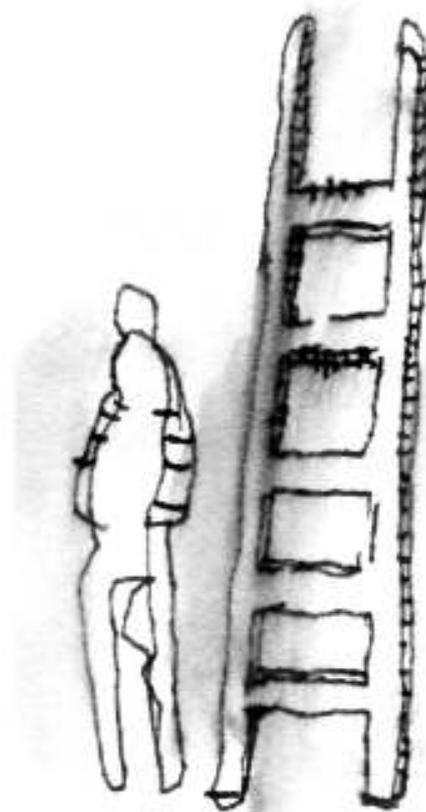
<sup>57</sup> Lo cual es consecuente con el primer “rasgo” del duelo señalado por Allouch: “quien está de duelo es habitado por el ser que ha perdido”. Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 341.

<sup>58</sup> Como en la lógica pulsional, donde el fin de la pulsión no es otro que el de retornar, donde la zona erógena es medio y fin, si podemos decir, objeto, fuente y fin: la boca que se besa a sí misma.

za se rehúsa a sacrificar el trozo de sí, es claro entonces que ese es su objeto, el de la venganza, y que ella no busca otro fin que el de preservar el objeto, ella se nos presenta de nuevo como coartada para realizar este fin, de manera análoga a aquellos que siguen con su propia muerte al muerto, evitando la privación del objeto y poniéndose ellos mismos en el lugar de lo sacrificado. *Aquél sobre quien recae la venganza es ofrecido por el vengador como sacrificio al muerto en lugar de sacrificar el trozo de sí, buscando aplacarlo y aplacarse; estrategia falaz.*

Empero, las salidas que brindan estas tres historias al problema de la venganza son distintas. Ya nos detuvimos en la que plantea “Hierro viejo”; en las otras dos, si bien sus protagonistas se niegan en principio a tomar el atajo de la venganza sustrayendo al objeto de esta espiral, no realizan el sacrificio y, por lo tanto, algo queda pendiente. Es el tono que se percibe claramente en *El coronel no tiene quien le escriba*, su espera continúa. Aunque toma una decisión y la confirma con el acto, devolviendo los zapatos que se ha comprado con el adelanto que por la venta del gallo le ha hecho el usurero, y sustrae al gallo del escenario del goce en la venganza que le pide el pueblo, mantiene el gallo y el hambre que se amarra a esa posesión. Su situación es trágica, no hay salida viable, no encuentra posibilidad de realizar el sacrificio sin donar el gallo como prenda que complete al Otro, no entra en este juego de connivencia, de ahí su dignidad; pero queda aferrado al gallo y a la postergación, de ahí el rechazo y la desesperación que su postura genera en su esposa y en muchos lectores. Su duelo continúa y mientras tanto Agustín seguirá escribiendo hojas clandestinas y él esperando una escritura distinta.

En el cuento de Manuel Mejía Vallejo, tampoco se realiza el sacrificio del trozo de sí. Es cierto que se “desprende” del gallo al dejárselo a la mujer y que nada nos indica que haya recogido el dinero de las apuestas, pero nos queda todo el sabor de que la historia se repetirá. Además, no se trata propiamente de un sacrificio, sino más bien de una donación, inviste a la mujer con el objeto fálico ¿acaso también la dejó embarazada? Por lo menos, estamos seguros de esto, la deja esperando. Recordemos que el sacrificio de ese objeto en el duelo es a pura pérdida, una “pérdida a secas”, dice Allouch, y aquí más bien se trata de un intercambio, de una promesa, sólo le da a guardar el gallo, no lo pierde, hace a la mujer su depositaria. La dimensión edípica lo subsume; cuando ve a la muchacha algo del padre le llega y se le hace presente la mirada triste de la madre muerta. La situación admite varias lecturas, una de las cuales nos permite plantear preguntas sobre la relación entre la venganza y la muerte del padre<sup>59</sup>. Aquí esta pasa por el problema de la filiación, de la legitimidad y el “nombre del padre”, que como ya lo indicamos, se expresa en ese “Aguilán”. La cuestión tiene sentido si se repara en que en términos psicoanalíticos la instauración de la metáfora paterna, del nombre del padre, implica el sacrificio del falo. Así las cosas, sería posible leer en esta historia una realización de este sacrificio, acorde con la consolidación de la



<sup>59</sup> Otra implica la venganza, no ya sobre el padre sino sobre la madre representada en la joven mujer. Repetir el camino del padre y dejarla esperando. El cuento no nos aporta más elementos para dilucidar si lo que se da es una destitución de la mujer como falo, para, al contrario, pasar a admitir su brillo en ella, o si mantendrá el rechazo de ésta.

metáfora paterna y la detención de la venganza, sin embargo, insistimos, el sacrificio del gallo no es claro aquí<sup>60</sup>.

Si el planteamiento de Allouch sobre el sacrificio del trozo de sí como final del duelo es consistente, también en la *Bitácora* de María Eugenia Vásquez podríamos ubicarlo, y como si las coincidencias existieran, de nuevo encontramos al gallo inmiscuido en este asunto: habíamos dejado su testimonio en el punto en el que ha comenzado ese doloroso ejercicio de escritura, su autobiografía. Se dedica a analizar los ritos de muerte de las distintas culturas buscando apaciguar el enfrentamiento con ella al que se ve sometida, pero se le presenta de nuevo de manera real: Afranio Parra, uno de sus más entrañables compañeros es asesinado. *“Pasé la noche despierta, apretaba entre las manos un cuarzo, regalo de Afranio, invadida de imágenes en blanco y negro sobre la vida y la muerte. Al amanecer había tomado una decisión. Me acompañaba una fuerza extraña, como surgida de mis propias cenizas. El dolor me exigía convocar la vida para exorcizar la muerte que me tenía harta, para salir del círculo de sangre que rodeaba al país desde hacía tanto tiempo y que continuaba sobre nosotros. Por primera vez quería ver el rostro de la muerte para poder hallar la vida. Asistir al velorio de Afranio, llorarlo y entender su ausencia. Vivir el luto a fondo, no dejar en el aire este nuevo dolor para que se hiciera eterno”*<sup>61</sup>. Una vez puede aproximarse al cadáver en el salón en el que lo velan, le dirige las siguientes palabras: *“—Afra, viejo. Aquí estoy. Te voy a llorar. Me quedo en el velorio para entender que estás muerto de tanto verte inmóvil en esa caja. Para aprender a no esperar más tu abrazo... porque, si no entierro contigo esta tristeza, y a todos mis muertos no sepultos, me muero”*<sup>62</sup>. Bástenos subrayar su decisión de enfrentar por fin el entierro de uno de sus tantos muertos, y el lugar de compendio que éste representaba, buscando enterrar con él a todos los demás. Y así, habiendo investido de tal manera a este muerto, realiza ante él el “gracioso sacrificio de un trozo de sí”: *“Me impresionaron sus manos: su esencia estaba aprisionada en ellas, no sólo porque tenían el colmillo de jaguar, el cuarzo, una rosa y las espuelas de carey que le llevé para sus riñas de gallos en el cielo, sino porque siempre habían acompañado la magia de sus palabras con una gesticulación incansable. Y ahora reposaban inmóviles sobre el pecho como signo inequívoco de su muerte”*<sup>63</sup>. Siguió cumplidamente la liturgia del novenario, junto con familiares de Afranio, compañeros y amigos, hasta cuando les pasara a todos “[...] incluido él, el asombro de su muerte, y la aceptáramos. Afranio podría irse entonces, tranquilo, más allá de la vida”<sup>64</sup>. Hasta que un día “me pareció escuchar como si Afranio me dijera:

—Es el tiempo para que las flores se abran.

Con esa frase supe que mis caminos salían de los abismos y ascendían sin tregua hacia la superficie porque el corazón de cuarzo del guerrero me acompañaba, y empecé

<sup>60</sup> También en *El Cristo de espaldas* el problema de la venganza está enlazado al asesinato del padre y a la imposibilidad de asumir su nombre: veamos el drama de los dos hermanos Anacleto y Anacarsis, hijos del gamonal Roque Piragua: “Desde aquel día, en lugar de hacerse llamar Anacleto Piragua, se borró el apellido de don Roque y se puso Flechas, por su madre. En cambio el Anacarsis, desde aquella fecha memorable en que su padre arrojó del pueblo a su medio hermano, sacó cédula electoral aunque ya tuviera varias, con el apellido de Piragua, por más que su padre no lo hubiera reconocido oficialmente por pura pereza. De manera que —ícosa curiosa!— el hijo natural se reputó legítimo cuando éste, por despecho, comenzó a considerarse natural”. Eduardo Caballero Calderón, *op. cit.*, pág. 62.

<sup>61</sup> María Eugenia Vásquez, *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*, ed. cit., pág. 423.

<sup>62</sup> *Ibid.*, pág. 423.

<sup>63</sup> *Ibid.*, pág. 424. El énfasis lo he puesto yo.

<sup>64</sup> *Ibid.*, pág. 424.

a confiar en la vida. Sólo entonces mi amigo pudo cerrar los ojos, recostarse en el vacío y descansar sin tiempo”<sup>65</sup>.

## EL DUELO SOCIAL

“¿Qué son los ritos funerarios, los ritos mediante los cuales satisfacemos lo que se llama ‘la memoria del muerto’? ¿Qué son si no la intervención total, masiva, desde el infierno hasta el cielo de todo el juego simbólico? [...] no hay nada que pueda llenar de significante ese agujero en el real, si no es la totalidad del significante. El trabajo cumplido en el nivel del logos (digo esto para no decir en el nivel del grupo ni de la comunidad, claro que es el grupo y la comunidad en cuanto culturalmente organizados los que son sus soportes), el trabajo del duelo se presenta en primer lugar como una satisfacción dada al desorden que se produce en razón de la insuficiencia de todos los elementos significantes para enfrentarse al agujero creado en la existencia por la puesta en juego de todo el sistema significativo en torno al menor duelo”<sup>66</sup>.

Retomo esta cita de Lacan para subrayar la mención de la función del grupo y la comunidad en el duelo. Aunque aclara que no quiere utilizar estos términos, finalmente lo hace, lo que parece redoblar su importancia al llevarlo a especificarlos no de cualquier manera, sino como “soportes” del orden simbólico convocado masivamente en el duelo. En primer lugar, es necesario dar todo su valor a esa búsqueda de “satisfacción de la memoria del muerto”<sup>67</sup>. Retomando a Allouch ya anotamos la relación que a través de las huellas del muerto, de las dejadas y de las que quedaron por fijar, establece éste con quien está de duelo. Según Lacan, el rito es un intento fundamental de satisfacer esta memoria. En este sentido, tal vez sea conveniente subrayar estos dos términos: la satisfacción y el ejercicio de memoria como elementos en juego en el rito y preguntarnos si acaso la venganza, en cuanto busca también satisfacer la memoria del muerto, “honrar su memoria”, implica que no se dio o fue fallido ese otro intento de satisfacción de memoria, el del rito, el de las “honras” fúnebres.

La función del rito se soporta en la que Allouch llama la función del público, y esta opera en varios sentidos: en primer lugar, porque no hay sacrificio sin público. En los casos que nos han servido de apoyo para nuestro análisis no debemos soslayar el hecho de que el público está presente de varias maneras: en primer lugar, el de las dos gallerías, ante los cuales estos intentos de sacrificio se escenifican, pero también en el escritor y sus lectores, ante quienes la escritura de estas historias da testimonio, satisface memoria; ni qué decir sobre el entierro de Afranio Parra y su novenario, rito por fin asumido en el caso de María Eugenia Vásquez, pero más precisamente allí, de su desprendimiento del cuarzo y de las espuelas, así como de la escritura de su *Bitácora*.

<sup>65</sup> *Ibid.*, pág. 425.

<sup>66</sup> Jacques Lacan, *El deseo y su interpretación*, sesión del 22 de abril de 1959, tomado de Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 316.

<sup>67</sup> Lo que nos corrobora que en el duelo estamos en el centro del problema del deseo. Para Freud la “satisfacción de memoria” sería satisfacción de deseo, es sólo a este nivel de la memoria como se satisface el deseo, a través de la huella mnémica mediante la que se busca la identidad de percepción.

Allouch aclara que no toda muerte de un “ser querido” nos pone de duelo<sup>68</sup> ni tendría por qué hacerlo, y que no necesariamente el rito del que aquí se trata tiene que ajustarse a formas convencionales más o menos estáticas. Refiriéndose a la manera particular como se desarrolla el duelo en el ya mencionado cuento de Kenzaburo Oé, anota que allí “*todo sucede como si quien está de duelo, en la historia de su duelo, debiera reunirse con el rito, hallar mediante un sesgo no codificado, no ritual, la posibilidad de que se ejerza la función del rito.[...] ese rito de duelo que no es uno pero que tampoco puede no ser uno*”<sup>69</sup>. El rito en cuestión, entonces, consiste en el sacrificio del trozo de sí que tiene valor fálico<sup>70</sup>. Sacrificio que lo es aquí en el sentido primitivo de separación, y no en el de acto propiciatorio ni de reconciliación o reivindicación superyóica con un Dios; pero que aunque no tome en cuanto rito las formas convencionales (por otra parte cada vez más en desuso en nuestras sociedades en estos tiempos de “la muerte seca”), no puede eludirse y no deja de apelar al público, o dicho en otras palabras, al soporte que el grupo o la comunidad brinda. Este punto nos plantea preguntas frente a la encrucijada en la que nos encontramos en Colombia: por un lado, está toda esa memoria que pide satisfacción y la comunidad se verá demandada a soportar ese proceso, a facilitar formas de inscripción, medios de escritura, monumentos de testimonio, rutas a reconstruir, bienes a redistribuir, historias a narrar, coplas a cantar, etc.; por el otro, no se puede caer en una mera estandarización de la memoria, en la imposición de una versión o en la burocratización de unos rituales vacíos, parodias que no impliquen en nada a los sujetos más afectados. Al respecto no deja de ser por lo menos inquietante el hecho de que en algunos sectores de nuestra costa pacífica, constituidos fundamentalmente por afrodescendientes, en los que por ancestral tradición los velorios se han realizado con los acostumbrados *alabaos*, estos cantos y formas festivas del ritual, el *baile e’ mueto*, han comenzado a ser prohibidos por los grupos armados dominantes en la zona<sup>71</sup>. Es sólo un ejemplo entre otros de las formas de impedir el soporte que la comunidad presta al duelo, de estandarizar e imponer el silencio<sup>72</sup>.

La función del acompañante es subrayada por Allouch como uno de los rasgos fundamentales en el proceso de duelo. Lo llama la problemática del “*doble duelo*”<sup>73</sup>. No se trata del duelo redoblado, es decir, del hecho de que en un duelo alguien pueda vivir simultáneamente la experiencia de varias pérdidas que habían ido quedando en el camino, lo cual, como vimos, es frecuente. Se trata de que por más solo que esté alguien de duelo, el suyo se relacionará con el de un acompañante, que en principio casi nunca se sabe él mismo de duelo, esto más allá de las contingencias particulares.

Observemos este proceso en el caso de María Eugenia Vásquez: se encuentra incomunicada en el exterior, una “desazón [se le] clava en el alma” y la obliga a que, pasando por alto las medidas de seguridad, la pongan en contacto con sus familiares

<sup>68</sup> Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 39.

<sup>69</sup> *Ibid.*, pág. 317.

<sup>70</sup> Esto porque al apelar en el rito a todo el universo simbólico para tratar de colmar el agujero en lo real producido por la muerte, nos tomamos con el articulador de ese universo, con su hiancia: el falo. En este sentido, en el duelo se trata de hacer coincidir con la hiancia en lo real, la hiancia simbólica, lo que equivale, si se me permite la figura, a tapar un agujero con otro agujero, o a ubicar, bordear un agujero con otro; logrado este “borde”, se puede entonces “abordar” la experiencia de la pérdida. La metáfora tiene sentido si observamos que Allouch ha demostrado que el final del duelo implica sumar pérdida a la pérdida, lo que es consistente con “sobreponer” un agujero a otro agujero.

<sup>71</sup> Jaime Arocha, “Muntu y Ananse amortiguan la diáspora afrocolombiana”, en *Palimpsesto*, revista de la Facultad de Ciencias Humanas, núm. 2, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

<sup>72</sup> En otro artículo señalé el hecho de que en *La hojarasca* de Gabriel García Márquez somos testigos de una comunidad que actúa como el tirano Creonte de *Antígona*. En lugar de prestar soporte simbólico para el duelo, movida por la retaliación, impide el entierro. Otro ejemplo elocuente de que la venganza se niega a sacrificar el objeto.

<sup>73</sup> Jean Allouch, *op. cit.*, pág. 343.

para recibir la noticia de que su hijo de trece años había muerto hacía un mes. Queda completamente destruida, sin mundo y sin ella: *“el silencio descendió sobre mí como un velo negro y creí que cerrando los ojos me moría”*<sup>74</sup>. Se abandonó por completo y comenzó lo que llamó su *“existencia de fantasma”*, sólo la ayudó a salir de allí un compañero chileno que se presentaba para acompañarla día y noche. Ante el silencio de María Eugenia, él decide contarle su historia, pero de esto ella no recuerda nada, ni siquiera recuerda su nombre! sólo sabe que su compañía fue fundamental para salir de ese marasmo. El hecho de que él haya decidido contarle su historia nos permite suponer que también se trató de un duelo, del suyo, y el olvido hasta del nombre de este acompañante nos habla de la intensidad del proceso de duelo, del de cada uno de los dos.

La participación del acompañante en el duelo, el cual tiene dentro de sus funciones la de servir de medio para que la memoria circule, de ir a contarla, a cantarla o a pasarla a la escritura, en todo caso de hacerla llegar al público, es parte fundamental del soporte que presta el grupo o la comunidad. Es aquí donde se confirma que el duelo no es un asunto de dos, que no cave un *“allá cada uno con sus muertos”*, porque si bien es cuestión de cada uno, no se resuelve sin ese soporte. Y esto nos propone importantes preguntas ante la situación por la que atraviesa nuestro país, máxime si aceptamos el planteamiento de Allouch de que el duelo implica además la transformación subjetiva del acompañante, que pasa incluso por el hecho de que en algún momento él también, aunque en un principio no lo supiera, se reconozca de duelo y realice su propio sacrificio. ¿También el público, la comunidad, se reconocerá de duelo? Como se ve, esto extiende enormemente la órbita del duelo, pero esta extensión es preferible a su opuesta, aquella producida por el enunciado de *“la muerte llama a la muerte”* o *“el asesinato llama al asesinato”*. Implica una responsabilidad para el grupo y la comunidad, tal vez sea hora de asumirla creativamente, tal vez sea una forma de lograr un cambio subjetivo en quienes conformamos las comunidades de nuestro país.



<sup>74</sup> María Eugenia Vásquez, *op. cit.*, pág. 409.